

EL RUBÍ.

PERIODICO TRISTE-ALEGRE,

DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y TEATROS.

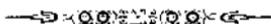
Este periódico se publica los días 15 y 30 de cada mes.

La redacción se halla establecida en la CANTON GENERAL DE LIBRERÍA, calle de Granada, número 74.

PRECIOS DE SUSCRICION. En esta ciudad, tres reales al mes; pero no se admiten suscripciones por menos de un trimestre. En las demás poblaciones, doce reales por tres meses, franco el porte.

No será atendida ninguna reclamación que no se haga en carta franqueada.

LOS LOROS.



os animales que mas ha admirado el hombre,» dice Buffon en su historia de las aves, «son á aquellos que ha juzgado participan en algun modo de su naturaleza; maravillándose siempre que ha visto cualquiera de ellos hacer ó imitar algunas de sus acciones.»

El Loro debe seguramente la mayor parte de su fama á la facilidad con que reproduce todos los sonidos, todas las articulaciones de la voz humana; pero á mas de esta particularidad, se halla dotado de otras muchas cualidades, que cualquiera de ellas bastaria para hacerle notable. Es cierto que la imitacion de la palabra es en él un acto puramente maquina, que de nin-

gun modo prueba la superioridad de su inteligencia; pero no por esto deja de ser el mas inteligente de todos los animales y el mas adaptado para hacer compañía al hombre, pues es susceptible de afecto y de reconocimiento.

Este afecto del loro es por lo comun muy constante, y hay motivos para presumir que nunca es escitado por el interés. Además, no es pródigo de su amistad, y las personas que le son indiferentes no deben usar con él ciertas familiaridades, pues puede y sabe hacer que se arrepientan los indiscretos. Tambien suele, y no es este seguramente el rasgo mas amable de su carácter, cobrar aversion á algunos seres racionales, sin que la mayor parte de las veces que esto sucede se pueda alinear con la causa; pero hay ocasiones en que promueve su aborrecimiento el recuerdo de alguna mala accion que se haya cometido con él, y aun el resentimiento que guarda por injurias hechas á los que ama. Este último caso no es tan raro como muchos supondrán sin duda, y vamos á referir uno, de cuya autenticidad podemos responder.

Cierta señora, amiga nuestra, dotada de excelentes cualidades; pero cuyo carácter es algo arrebatado y su voz demasiado chillona, posee un loro hace bastantes años, al cual prodiga golosinas y dirige tiernos discursos; pero el pájaro no ha podido acostumbrarse á aquel acento áspero, que parece regañar aun cuando festeja, y si durante mucho tiempo ha consentido en recibir las caricias de su ama, nunca se las ha devuelto. Al contrario le sucede con un huerfanito que se ha criado en la casa, cuya dulce voz le agrada tanto, que permite que el niño haga con él lo que quiere.

Un dia fué el huerfanito castigado por nuestra amiga en presencia del loro por no sé que travesura que habia hecho y, como es natural, el niño lloró, procurando escaparse de las manos de su protectora. El ave, durante este tiempo, no cesó de dar saltos y aletazos á las barras de la jaula, y si no hubiese es-

tado preso, es seguro que habria volado á socorrer á su amiguito.

Á la mañana siguiente estaba suelto cuando su ama entró en la pieza en donde le dejaban por las noches, y apenas la divisó, corrió á ella con las plumas herizadas y procuró hierla con el pico. Fué él tambien severamente castigado; mas no por esto cesaron sus intenciones hostiles, y renovaba el ataque siempre que se le presentaba ocasion para ello; por lo que se resolvió no sacarlo nunca de la jaula. Dos años han trascurrido, y el rencor que conserva el pájaro á la señora es siempre el mismo, á pesar de que ella ha procurado desarmarle por cuantos medios han estado á su alcance.

El niño pasó una temporada de diez meses fuera de la poblacion, y á su regreso, su primer cuidado fué ir á visitar al loro; pero este le habia ya conocido por la voz antes de que abriese la puerta del cuarto en que se hallaba, y saltando y batiendo las alas, daba muestras del placer que recibia con la vuelta de su amigo.

No citamos esta última circunstancia como extraordinaria, pues mil ejemplos prueban que el afecto de los loros no se debilita con la ausencia.

Mucho se ha hablado de la constancia de las tórtolas; pero tambien la de los loros se habria hecho proverbial si hubiésemos tenido ocasion en Europa de observar sus costumbres en su estado natural. Algunas de sus especies viven en sociedad, y se les ve volar en bandadas numerosas dos veces al dia: una cuando se dirijen á los campos cultivados que les proporcionan alimento, y otra cuando regresan á los bosques donde pasan la noche. Estas bandadas no ofrecen á la vista cierta regularidad en la colocacion de los pájaros que las componen, como en las de las grullas y los patos; pero tampoco hay en ellas confusion, y desde luego pueden conocerse las parejas, porque el macho y la hembra con-

servan siempre la misma línea, y vuelan tan inmediatos el uno al otro, que casi se tocan sus alas. Los guacamayos, que es la especie de loros de mayor tamaño que se conoce, no vuelan en gran número, ni abandonan jamás los bosques; pero se les suele ver algunas veces hendiendo el aire á grande altura, y en cualquier época del año que sea, siempre caminan dos juntos.

Existen gran número de especies de loros, que se diferencian por el tamaño, los colores, la hechura de la cola, los penachos, etc. Se encuentran en África, en Asia, en América y en la Australasia; solo la Europa carece de ellos. Buffon cree que estos animales no pueden existir sin la proteccion del hombre mas allá de los trópicos, pero esta opinion carece de fundamento, puesto que se crían aun en el frio país de los Patagones.

No se conocieron los loros en Europa hasta la época de la expedicion de Alejandro, y la especie que se supone fué vista la primera, ha recibido de los naturalistas por esta razon el nombre de *psittacus Alexandri*, y es la que llaman gran cotorra de collar. Onesicrilo, almirante de la flota del principe macedonio, trajo algunas de la isla de Trapobana; mas en tan corto número, que Aristóteles no llegó á ver ninguna y habla de ellas solo por oídas.

Los romanos no tuvieron primero mas que loros de la India, que por su escasez se vendian tan caros, que á veces valian mas que un esclavo, y aunque se hicieron algo mas comunes en el reinado de Neron, porque los trajeron tambien del alto Egipto, solo despues de los descubrimientos de los navegantes modernos han abundado en Europa.

El número de especies conocidas hasta el dia es tan grande, que los naturalistas, para evitar confusion, se han visto precisados á repartirlas en los grupos siguientes: los *guacamayos*, cuyo tamaño es el mayor, que tienen los

lados de la cabeza sin pluma y la cola larga y puntiaguda; los *cotorra-guacamayos*, que son mas pequeños y que solo alrededor de los ojos no tienen plumas; los *cotorras de cola de flecha*, que tienen pluma alrededor de los ojos y que los cuchillos de la cola son mas largos que las demás plumas de la misma; los *cotorras de cola larga*, que no se distinguen de los precedentes sino es por este solo carácter; los *cacatoes*, en cuya cabeza hay un penacho, que se alza y baja á voluntad del animal; los *loros propiamente dichos ó papagayos*, que por lo jeneral tienen la cola bastante corta y carecen de penachos; los *cotorras*, que se distinguen de los papagayos por ser bastante mas pequeños y por tener la cola aun mucho mas corta; y, en fin, los *papagayos de trompa*, que se asemejan á los cacatoes por tener penacho, á los loros propiamente dichos en la hechura de la cola, á los guacamayos porque no tienen plumas en los lados de la cabeza, y que se diferencian de todos por la forma del pico.

C.



EL INVIERNO DE LA VIDA.

Ya no me guarda el pensil
un boton, una esperanza:
llegóse el adusto invierno,
todo lo secó la escarcha.
Bien pudiera yo, advertido
de ejemplares enseñanzas,
no poner ciego el cariño
en flores que un soplo mata;
bien hiciera si, cerrando
los ojos á su desgracia,
no me cuidase de flores
de vida tan limitada.
Bellas son: ¿no es agradable
verlas mecerse galanas,

como vistosos penachos
pintados de gualda y grana?
¿No es muy dulce el puro aroma
que el valle florido ecshala
respirar tranquilamente
en las frescas alboradas?
¿Cómo al que estima lo bello
fuera posible no amarlas?
No serán almas de artista
las almas que no las aman.
¿Pobres cuanto hermosas flores,
que solo un momento basta
á cortar vuestra ecshistencia,
tan inocente y bizarra,
pasais muy en breve el mundo,
pronto tornais á la nada!
¿Para qué nacisteis, flores,
á vida de una mañana?
Al volver la primavera
derramando nuevas galas
tambien nacerán las flores...
mas no las flores pasadas.
Nunca será lo que fué,
que el tiempo siempre adelanta:
se vive por un instante,
la muerte no tiene tasa.
Con las flores que murieron
sus ilusiones voláran,
y no pueden renacer,
que la eternidad las guarda.
Guárdalas en el abismo,
en cuyo fondo descansan
para no volver al mundo
tantos siglos, flores tantas.
La vida no es para el hombre,
la vida es cosa prestada,
y al dejarla lo que ecshiste,
otra ecshistencia le alcanza.
Apenas decimos «yo»,
y se hiela la palabra:
antes no fuimos, y luego
fugaz la vida se acaba.
Hijos del polvo, infelices,
nos revelan vuestras ansias

esa vida que nos huye,
 la tumba que nos aguarda.
 Las ilusiones de un día
 el día siguiente mata,
 como las flores de hoy
 ya no brillarán mañana.
 ¿Para qué será la vida?
 ¿para qué las esperanzas?
 ¿para qué el hombre que muere
 sin verlas jamás logradas?
 Al peregrino que viene
 sin que conozca su patria,
 ¿quién le enseñará el camino
 para que pueda encontrarla?
 Decidle mas bien: «en vano,
 ¡o peregrino! te cansas:
 si tu destino no sabes,
 deja tu bordon y pasa.»
 ¡Desdichado el peregrino
 si el consejo despreciára,
 si tan grande es la pasión
 que no puede dominarla!
 En inquietud horrorosa
 ver que el tiempo nos arrastra,
 sin ver mas allá del tiempo,
 sin ver en el tiempo nada;
 y en el polvo de otros siglos
 sentar la atrevida planta,
 y observar que el polvo mudo,
 cediendo á la huella, calla;
 y que las hermosas flores,
 tan vivas y tan lozanas,
 pierden en escasas horas
 su magnífica fragancia;
 y muy sentido esclamar
 con el alma lastimada,
 en el medio de una vida
 que la esperiencia hizo amarga:
*Ya no me guarda el pensil
 un boton, una esperanza:
 llegóse el adusto invierno,
 todo lo secó la escarcha.*

Alicante.—FÉLIZ JIMENEZ.

EPISODIOS DE UN VIAJE DESDE ALICANTE Á JIBRALFAR.

Los diez, pronto, muchachos, á zarpar el ancla; timonel, rumbo Sur, dijo el capitán del vapor Fenicio, y esta orden, tan lacónica como todas las que acostumbran á dar los marinos, fué ejecutada con la mayor celeridad y precisión, acompañada del bronco ruido que hacia la gruesa cadena de hierro colado al enroscarse en el macizo molinete. A pocos momentos de quedar flotando el elegante buque y de hender sus enormes ruedas las aguas clarísimas de la antigua Alona con la fuerza equivalente á la que se supone que podrían reunir 250 caballos juntos, la nave se fué alejando del puerto, y las luces de la ciudad, que desde él se veían claras y pintorescas, fueron perdiéndose en el espacio, juntamente con los perfiles que dibujaban el majestuoso castillo de Santa Bárbara, muy célebre en la edad media, importante en las guerras de sucesión, y recientemente no menos nombrado por acontecimientos tristes, que la historia juzgará en su día. Las luces, la ciudad, el castillo, el puerto, el elegante faro, toda se fué borrando á nuestra vista, hasta que el espacio, el vacío, la nada, nos rodeó muy en breve.

La mar dormía arrullada por los cesfírillos que, alumbrados por los tibios rayos de la luna, cruzaban en todas direcciones, rizando con sus transparentes alas los cristales del Mediterráneo. Todo era bello, encantador; porque todo estaba en armonía, y la armonía de las cosas nos conduce al estado de inefable perfección. Y yo, ¿cómo estaba? Como estoy siempre: luchando conmigo mismo. Eal buenas noches; mañana será otro día.

Cartajena! Sí, Cartajena: he! ahí con su hermoso puerto, con sus recuerdos de los Anibales y Escipiones, con un arsenal que *fué* y con sus lindas mujeres de lindos piecitos y expresivo mirar. Cartajena! ¡la antigua ciudad, la tan codiciada de los señores del mundo!... ve!ta hoy silenciosa y sombría abrigar en su seno mil ilusiones, que crean y alimentan la esterilidad de sus montañas; pero siempre virtuosa, aunque indiferente á sus pasadas glorias. Salve, ciudad insigne: toda la plata de Permañ sea contigo, porque pudiera suceder muy bien que la plata que tu posees acopiada, de cuño francés se entienda, que es la que circula ya en toda la península y que es, en fin, nuestra moneda nacional, gracias á la prevision del que dió de valor á los luises de plata 19 reales vellón, sin embargo de que legítimamente no valen mas que 17 con 24 maravedises, lo cual debe importarnos muy poco, en razon á lo muy ricos que estamos; decia, pues, que esa moneda corre peligro de ser cambiada por montones de piratas arjentíferas, que contengan tan codiciado metal por el sistema *homeopático*, es decir, por millonésimos de grano en quintal de gatena.

—Señorito?

—O!a, que hay?

—Que cuando V. quiera puede saltar ya á tierra, pues la Sanidad acaba de darnos entrada.

—Con qué la Sanidad acaba de declararnos admisibles en esta ciudad? Pues, señor, me alegro: segun esto deberé estar bueno y libre de enfermedad contagiosa. Vamos, estoy admirado de ver lo mucho que saben esos amables señores, y eso que no me han visto.—Eh! camarero. ¿Qué busca ese hombre en mi litera?

—Señor, es un carabinero.

—Un carabinero?... Yal yal un agente de la policia aduanera ó, lo que es

lo mismo, una entidad negativa en unos casos, y en otros acomodativa. Pero dejémosle que examine á sus anchas los sacos de noche, que calcule su peso, su volumen, su estado de uso, á fin de que, por deducción y adivinanzas, busque y dé con el medio de hacerse partícipe de la propiedad ajena: yó, mientras, me iré á ver el arsenal, el colegio de guardias marinas, y las bellas esculturas del divino Zarcillo, que se custodian en la iglesia colegial.

—Señorito?

—Caballero?

—Señorito, señorito, aquí estoy yo para llevar el equipaje en mi bote. ¿Voy por él?

—Mi equipaje?

—Sí, señor; ¿pues qué no se queda V. aquí?

—Que yo sepa, no.

—Pues entonces aquí está mi lancha para llevar á V. á tierra.

—Ó la mía.

—No; venga V. en esta.

—En esta otra, señorito, que es mejor.

—Quita de allí, caballero. Venga su mercé en mi canoa, que tiene toldo.

—Pues sí yo si lo he dicho primero!

—Primero...! Pues vendrá conmigo. Señorito, aquí, aquí pronto, pues quiero que llegue su mercé antes que aquellos señores que estan ya á la mitad del camino.

—No se fie V. de él, señorito.

—Es verdad; no se fie V. de sus promesas.

—¿Que no se fie de mí?

—Fuera, charran.

—Es que....

—No es....

—Sí es....

—Muchachos, qué algarabía es esta? Pues sabed que esta tan disputada persona ha resuelto no dejarse conducir á tierra por ninguno de vosotros.—Eh! buen anciano, acerque V. su lancha: quiero que me lleve V. á tierra, mientras que estos bulliciosos nauleros se tranquilizan y avienen con su suerte.

Fueron del mismo parecer otros viajeros que, como yo, se dejaron conducir por el improvisado Caronte pacífica y diestramente al muelle, desde el que tomó cada cual el rumbo que supo, ó que le indicó alguno de los muchos corredores que allí nos esperaban para llevarnos á las fondas ó casas de huéspedes, á fin de calmar el apetito matutino. Yo me fui á la calle llamada de los Cuatro Santos, á una casa de pupilos, en donde estuve hospedado en otra ocasión que fui á Cartagena. Todo estaba en ella como lo dejé dos años antes, excepto la dueña que, muy á su pesar, contaba algunas arrugas mas en su semblante, y tambien una sobrinita de esta señora, que yo conocí muy sentimental y sublime, la hallé sin corsé y ocupada en lavar unos pañales y un habero: era casada y madre; el sentimentalismo y la sublimidad habian sido auyentados por los lloros del *bambino*, y el cesajerado idealismo fué modificado por el amor maternal.—¿Cuándo era mas interesante, antes ó ahora? Los celibatos egoistas, sin embargo de que aceptan por lo general todas las condiciones, con tal de que se les brinde generosamente con ellas, sonreiran con desden á esta pregunta; pero todos aquellos que viven unidos á la sociedad con vinculos estrechos, que nacen del corazon, estoy seguro de que pensarán de distinta manera.

Sin sucederme cosa que de contarsea mitigué algun tanto mi *polymnia*, y sea dicho en griego, segun costumbre médica, para mayor claridad, pasé calles y, por último, fui á saludar el desierto arsenal, obra grandiosa, que revela elocuentemente el poder y esplendor del trono español cuando era

aconsejado por hombres eminentes, cuyos talentos y patriotismo rivalizaban á porfía por elevar su patria sobre todas las naciones mas poderosas del globo, y porque el pabellon nacional ondeara orgulloso en las orillas del Tigris á la vez que en las fértiles riberas del rio de la Plata. El activo Eusebio puso los cimientos á tan magnífica obra, garantia del comercio é industria nacional, entonces florecientes; y el laborioso Floridablanca terminó este soberbio monumento con aquel acierto y sabiduria que distingue á todas las creaciones que recuerdan el feliz reinado del esclarecido Carlos 3.^o

Qué queda de tu antiguo esplendor, mudo arsenal? Tus nueve mil operarios, con tanto órden distribuidos, ¿qué se han hecho? Tus astilleros, tus diques, tus telares, tus fraguas, tu maquina de vapor, la primera que se estableció en España y que en el dia apenas hay quien se acuerde de ella, tus talleres de modelos, tu célebre armería, tus salones de delineacion y planos hidrográficos, ¿qué se han hecho? ¡La estéril yerba cubre tus campos, el beleño y la adormidera enraman tus descarnadas paredes, y el eco, en otros tiempos fatigado por el ruido que causaban tus obreros, hoy reproduce tristemente los pausados golpes que en las carenas de los guarda-costas descarga la temblorosa mano del viejo calafatel

Yo respeto tu silencio: ¡tus ruinas arrancan lágrimas de dolor! el solitario invalido que vela tu sueño, inspira veneracion: he'e ahí, octogenario como es, abrigar la esperanza de que no escalará el último aliento sin que el gigante que guarda levante otra vez la abatida frente, esa frente en donde reflejó el sol de Navarino. Ah! ¡yo tambien quisiera pensar como tú!.....—¡Salve, monumento insigne! ¡los hados te sean propicios!

Cuando de esta suerte andaba yo discurriendo, noté que la chimenea del Fenicio arrojaba en graciosa espiral una columna de espeso y negro humo, el que, despues de elevarse pausadamente, se perdia en el espacio en mil fantásticas formas. Esta señal es para el pasajero lo que para el militar la llamada y tropa; por consiguiente me fui al muelle, desde el cual me trasportó en breves instantes mi viejo barquero á bordo del vapor.

La última noche la habia pasado yo en mi camarote, solo y triste: así que no tuve ocasion de ver y escaminar á mis compañeros de viaje; mas como quiera que la crisis de mi mal humor habia naturalmente cedido al poder de la reflexion, me encontraba ya en aquel estado de melancólica calma, que es tan á propósito para entregarse á la meditacion.

El mar seguia tranquilo; el cielo ostentaba su lujoso manto de zafir, y allá en el ocaso leves nubecillas de ópalo y grana dibujaban caprichosos celajes, embellecidos con esa tinta seductora que esparce el sol cuando se oculta á nuestra vista. Los suaves céfiros acariciaban la infatigable máquina que nos conducia, y los inocentes delfines, fieles amigos del hombre, nos acompañaban alegres, formando graciosos saltos de agua con sus anchas y aplastadas narices. Todo era grandioso y bello; todo convidaba á la paz. Reclinado, pues, en la mura del buque y fijos los ojos en el horizonte, mi pensamiento cruzó los mares, recorrió todo el mundo conocido, comparando las formas é instintos de los diferentes habitantes de cada pais; apeló á la historia, tambien á la tradicion... Mas ¡ah! ¡era en vano! la historia ha sido escrita por los hombres, y por lo tanto lleva el sello de la falacia; la tradicion es el entretenimiento del espíritu, de ese espíritu que anhela siempre todo lo portentoso, sin cuidarse de que las mas veces cree en imposturas y falsedades. ¿Quién me revelará, pues, la verdad? La fé: sí; ¡pero la fé no es la fórmula mas cumplida de la impotencia de nuestro talento! No hay remedio: es necesario transijir con la ignorancia, de la misma manera que transije el pobre ciego con las perdurables tinieblas que le rodean.

Con estas imajinaciones pasé un largo rato, hasta que fatigado de tan estéril lucha, resolví ocuparme de cosas mas materiales y conforme á mi ena-

na comprensión, á cuyo fin pasó á la sala de descanso, en donde á la luz de las perfumadas bujías se entretenían varios viajeros en jugar al domino, al ajedrez, al ecarté ó al tresillo, mientras otros leían ó conversaban tranquilamente.

La casualidad hizo que encontrara en uno de aquellos círculos á mis amigos el brigadier M..... y el señor V..... los cuales se habían embarcado en Cartajena. Este encuentro me agradó mucho, pues el señor de M..... es un excelente militar, franco en sus maneras y hombre de gran mundo; y el señor V..... es un joven de muy buen talento y de esmeradísima educación.

Pero considerando, bellas lectoras y amables lectores, que la noche cubre ya de tinieblas la bóveda azulada, y que un entusiasta inglés está regalando nuestros oídos con puntear en la guitarra la jota aragonesa y las mollarés de Sevilla, música alegre de suyo, pero que en sus blancas manos se transforma en monótono nocturno, muy propio para conciliar el sueño; y considerando también que alargar más el presente artículo sería abusar de vuestra paciencia, he resuelto, pues, dejar para el próximo número la narración de otros sucesos que, si me llega á caer la suerte de que os agráden y entretengan, serán para mí altamente importantes.

JOSÉ PEYRET Y BOSQUE.



TU PINRÉ.

Serrana é er negro pelo,
la é loj ojos é asabache,
ven acá,
sí no quies que mi arma espache
con pasaporte pá er cielo,
¡puñalá!

Ven acá, hermoso clavé,
y daré gracias á Cristo,
empues é que t' ay visto,
salero, ¡ná!... tu pinré.

Que cá pinré tuyo vale
mas que la milá der mundo,
¡de verdá!

En cyos mi gloria fonda:
no premitas que me chale,
¡só arrastrá!

Serrana, voy á aprendé
toitico el abecario,
solo pá escrebí, canario,
salero, ¡juy!... tu pinré.

Son pinrés como faluchos
los que gastan loj ingresas
pá andá,
y ay pinrés en las fransesas
en que puén veinte ruchos
retozá.

Mas los tuyos d' un divé
son por lo cortos, ¡peniya!
son la ortaba marabiya,
salero, ¡juy!... ¡que pinré!

Es mas chiquit' otavía
que la limosna é un roñoso,
casi ná;

y es mas blanco y maj ermoso
que gloria é confituría,
¡rezalá!

Cuando me bailas er lé
con quiebro y escobeteo,
¡ay, serranal me maréo
ar-contempla tu pinré.

¿No vej aquí un ombre é jierro,
que tras tu planta, serrana,
siempre vá,
lamiendo é güena gana,
lo mesmo qu' un triste perro,
tu pisá?
Que cuando pisas, lelé,
me jago tó una candela
ar vé nacé la canela
en la güeya é tu pinré.

Así, mosa é er negro pelo,
la é loj ojos é asabache,
ven acá,
si no quies que mi arma espache
con pasaporte pá er cielo,
¡puñala!
No seaj ingrata, mujé,
no quieas que muriendo viva....
Si no, me voy maj arriba,
serrana, é tu pinré.

EL TIO CREPÚSCULO.



EPIGRAMAS.

Cierto zapatero un dia
con esfuerzo trabajaba,
y tanto el hilo apretaba,
que ya el cerote crujía.
El aprendiz, que advertía
tanto crujir... ya se vé,
pregunta con mala fé,
despues de oler el asunto:
—«Maestro ¿se saltó el punto?»
—No, chico: es el tirapie.»

J. SANCHEZ ALBARRAN.

En cuarenta os daré el par,
que es de valde, soy sincero.
—Pues por no regatear
cuarenta os daré sin cero.

EL POBRE DIABLO.

À una tuerta dijo un cojo:
—«Porqué, niña, guiña usted?»
La respuesta de ella fué:
—«Si yo guiño con el ojo,
usted guiña con el pié.»

SIMEONCITO BARCINAGA.

EL RUBÍ.

PERIÓDICO TRISTE-ALEGRE,

DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y TEATROS.

Este periódico se publica los días 15 y 30 de cada mes.

La redacción se halla establecida en la COMISIÓN GENERAL DE LIBRERÍA, calle de Granada, número 71.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN. En esta ciudad, **tres reales al mes**; pero no se admiten suscripciones por menos de un trimestre. En las demás poblaciones, **doce reales por tres meses**, franco el porte.

No será atendida ninguna reclamación que no se haga en carta franqueada.

BROEK EN HOLANDA.



El pueblecito llamado Broek (1) está situado en el Waterland, cantón de la península nombrada Norte-Holanda, en medio de inmensas llanuras, que producen los más esquisitos pastos y que se hallan cubiertas de numerosos rebaños. Para ir á él desde Amsterdam, es necesario embarcarse en el Ay, brazo de mar, y tomar un carruaje en

Zandam, ó bien en el mismo puerto, llegar á Beukslo, y desde allí dirigirse á Bruc por el canal que une el Tejel al Zuyderceo.

Ningun viajero desocupado que pasa por Amsterdam deja de hacerle una visita á Bruc. Este curioso pueblo se encuentra construido en el márgen de un estanque

(1. Pronunciase Bruc.

semicircular, que le sirve de puerto, y el color verde-aceituna de su inmóvil agua contrasta del modo mas agradable á la vista con el verde subido de los inmediatos prados. Las orillas de este estanque, alfombradas de césped espeso y sedoso y salpicadas de arbustos, que forman caprichosas figuras, están sembradas de edificios de construccion asiática, entre los que se ven algunos pabellones como los del Japon y varias casitas que se asemejan á cabañas indianas, las que se muestran entre enramadas, que se cubren de flores odoríferas en la primavera; apareciendo tambien en perspectiva una alameda de sauces y una iglesia de estilo oriental.

No se permiten que penetren en la poblacion carruajes de ninguna especie, ni aun caballerías, para que no se deteriore el piso de las calles, porque estas no se hallan empedradas, sinó que cubren su suelo preciosas baldosas de colores casadas con simetria. Delante de las fachadas de las casas y como á una vara de distancia de ellas hay una barandilla de hierro adornada con bolas de cobre, y el piso de esta separacion está empedrado con chinás pequeñas de multitud de colores, las que forman una especie de mosaico, que imita bastante al de las ruinas de Pompeya, y el cual se ve tambien en todos los patios. Alrededor de estos hay bancos de maderas finas que, lo mismo que las puertas exteriores y ventanas, están trabajados con tanto esmero y delicadeza como los mas ricos muebles de nuestros estrados.

Pero lo mas admirable de todo es el aspecto que presentan los edificios, cuyas fachadas, cubiertas de dorados y pinturas que, segun afirman, se retocan todos los años, y cuyos techos de tejas blancas barnizadas, brillantes como espejos, los hacen parecer otros tantos palacios de hadas. Cada una de estas casas, que no es habitada sinó por un solo vecino, tiene una puerta pequeña y otra grande; pero esta última sirve únicamente en tres ocasiones solemnes, á saber: cuando en la familia hay bautismo, casamiento ó entierro.

Las ventanas de los pisos bajos, adornadas en la parte interior con colgaduras de damasco y muselina, dejan ver por lo comun á través de sus cristales bellos rostros de señoras y niñas, las que se ocupan en labores de aguja ó toman té en compañía de grandes y hermosos gatos de Angora; sus cabellos estan distribuidos en millares de rizos, cubren sus frentes planchitas de oro primorosamente cinceladas, y llevan en la parte superior de la cabeza unos gorritos de encaje, recamados de cordoncillo de oro y salpicados de piedras preciosas, cuyas puntas les caen en las sienes. Algunas de las salas bajas tienen interiormente delante de las ventanas unas vidrieras de cristales azules, amarillos ó violados, que permiten á las personas que estan detrás de ellas ver lo que pasa en la calle sin ser vistas.

El aseó, esa cualidad que posee en tan alto grado el pueblo holandés, resplandece en Bruc mas que en ninguna parte del mundo, y al parecer se le tributa allí un culto especial. Todos los extranjeros tienen que descalzarse las botas ó zapatos antes de penetrar en cualquiera de sus casas, poniéndose en su lugar unas especie de chinelas que les presentan: nadie se ha escusado de esta formalidad, y el mismo Napoleon y el mismo Alejandro tuvieron que conformarse con ella cuando fueron á visitar aquel extraño rincón del globo.

El interior de todos los edificios corresponde con el exterior; pero no escede á lo que se ve en cualquiera de las casas ricas de Holanda, pues en ningun otro país de Europa se admira tanto esmero en los adornos y muebles de las habitaciones; pero sin que ostenten por esto un lujo excesivo. Sin embargo, en Bruc este esmero toca en manía, porque todos los objetos en que la vista se puede fijar estan excesivamente limpios, brillantes y bruñidos: véñse por donde quiera mármoles, cuadros, cristales; por todas partes se encuentran muebles preciosos y deslumbradores, contruidos de maderas finas, porcelana de Asia, alabastro ó pórfido; solo se

pisan blandas alfombras y elegantes esteras. Los corredores y comedores estan adornados, lo mismo que las salas de recibimiento, con esculturas y bajos-relieves; en todas las habitaciones resplandece el gusto y la limpieza, y aun las cocinas no ceden á los demás aposentos en esta última circunstancia: los utensilios que en ellas se encuentran, ya sean de hierro ó cobre, estan siempre brillantes, y algunos de ellos se hallan guarnecidos de telas finas de lana en los parajes por donde la mano debe cojerlos.

Pero lo mas maravilloso tal vez de las casas de Brusson son los establos, que no estan menos aseados y lujosos que los demás compartimentos. Las vacas de aquella poblacion tienen mejores viviendas que la mayoría de los hombres de nuestro país: cada una de ellas se halla en un cuartito separado, con las paredes forradas de papel y el suelo barnizado, el que se aseca tres veces lo menos todos los días, y aun á ellas mismas las lavan diariamente; los pesebres en que comen son de madera fina ó pintada, y constantemente les tienen levantadas las colas, sujetándolas al techo con un cordón de seda.

Los jardines abundan en flores estrañas y arbustos exóticos, que creen embellecer sus dueños entretejiendo las ramas con algunas varetas doradas, como creen tambien hermosear los árboles con pintarles los troncos. Estos verjeles tienen poco ramaje y, por consiguiente, poca sombra; pero en cambio estan llenos de juguetes de grande mérito artístico, aunque en ellos se nota mas rareza que buen gusto. Vense allí efijies de hombres y mujeres, que parecen de carne y hueso y están vestidas con telas verdaderas, y animales de todos los colores del arco-iris, como son leones encarnados, tigres azules, lobos verdes, osos violados, etc. Hay asimismo en algunos de ellos varios autómatas, los cuales representan mandarines chinos que mueven la cabeza, pastores que tocan la flauta, ovejas que balan, toros que bramán, etc. y tambien molinos de cañas mambús, grutas

de conchas, y otra multitud de adornos fantásticos de madera ó porcelana.

El viajero que carece de cartas de recomendacion no penetra en estos curiosos edificios. Todos los habitantes de Bruc, sin una sola escepcion, son ricos, y muchos de ellos capitalistas millonarios; pero tan económicos como opulentos, y tan sedentarios como económicos, viven encerrados y se visitan muy de tarde en tarde. A cualquiera que se presentase en una casa sin ir de parte de un amigo del dueño de ella, ó para proponer á este algun buen negocio, le darian con la puerta en los hocicos, como le sucedió al mismo emperador José 2.º

Por lo que llevamos manifestado no debe admirar el que este pueblo, casi fabuloso, sea triste y poco concurrido. Jamás se celebran en él bailes, conciertos, ni ninguna otra clase de diversiones públicas, y se encuentran por sus calles tan pocas personas, que casi parece desierto. Verdad es que solo encierra 500 almas de poblacion; pero este número debe considerarse excesivo, atendido á que solo está habitado por Gresos. Un poeta holandés, que ha descrito este pueblo, el que tal vez no tiene semejante en el globo, ha dicho que cuando Pluto, el dios de nuestra edad, descende del cielo para venir al mundo á ver á sus favoritos y asociarles algun candidato, es Bruc el lugar que elije para apeadero.

C.



A LA IMAJEN DE MIS SUEÑOS.



*¡Soñar, Dormir!....
que el mundo es tan solo un sueño
y el despertar es morir.*

Pasad, ensueños, por mi loca mente,
ensueños de placer que gocé un día,

mas no las sombras de mi mal presente
eclipsen hoy mi luz, mi fantasía.
Blando beleño derrámese en mi frente,
su bálsamo prestando al alma mía;
mientras bulle viviente la natura
empiece con mi sueño mi ventura.

.....

.....

Rie la aurora galana
al ver los rayos del sol,
bañando con su arrebol
à la naciente mañana.

Y de aroma y azahar
se adorna la verde mata;
y cual espejo de plata
se muestra tranquilo el mar.

Y sobre su tallo erguida,
al sol que asoma en oriente
abre la rosa inocente
su cáliz lleno de vida.

Todo rie en derredor
por celebrar mi ventura,
y allá en la celeste altura
resuenan coros de amor.

¡Soñar, dormir!.....
que el mundo es tan solo un sueño
y el despertar es morir.

.....

.....

Ya no es el mundo que en fatal orjía
bulle maldito en coro atronador,
es solo mi ilusión, es mi poesía,
que otro mundo me forja en el amor.

Ya no es el mundo que bulle impertinente
y aturde con estrépito infernal,
es el delirio de mi loca mente,
que me forja otro mundo celestial.

¡Vana quimera, que bella me arrebató,
el término al tocar de mi placer!
en su espejo ilusorio me retrata
un ser divino en forma de mujer.

Blanda ilusión, que á un alma que suspira
henchida de pasión hace latir,
tu mágico poder cante mi lira,

tu encanto seductor me haga morir.

.....

.....

Bella imájen de mi vida,
vaga fantasma de nieve,
aérea, sublime, leve,
que en el espacio es perdida,
si una vez desvanecida
por las sombras del error
pierdes tu forma y color,
mas hechicera y galana
vuelve á aparecer mañana
para estasiarme de amor.

¿Qué me importa una mentira,
cuando goza el corazón,
si, realidad ó ilusión,
por ti la mente delira?
Llega, que el alma suspira,
y en su sentido clamor,
en su apasionado ardor
al placer ya te convida,
que eres su eden y su vida,
su mundo, gloria y amor.

Mas en tanto llega el día
radiante de pura luz,
disipando así el capuz
que viste la noche umbría.
Halague mi fantasía
su aliento consolador,
su mirar fascinador,
que mi vida se consume
si de tu boca el perfuma
no me embriaga de amor.

¿Cuán bellos son tus amores,
sol de la esperanza mía!
el Ser Supremo te envía
para calmar mis dolores.
Entre guirnaldas de flores,
desde el trono del Señor,
cubierta en el espesor
de una nube luminosa
te me apareces, cual diosa,
en mis ensueños de amor.

¡Soñar, dormir!.....
que el mundo es tan solo sueño
y el despertar es morir.

.....

.....

Y en trova sentida le canto mis penas,
y ansioso le digo mi afán é inquietud;
mas huyes cual sombra, mi mal no serenas,
y tético llora mi pobre laud.

La noche callada tu imájen me envía
y, amante, en mis sueños me gozo en tu amor.
Adios, ilusiones! volad, porque el día
su imájen me roba; me deja el dolor.

¡O sol luminoso! doblega tu frente,
y allá en otro suelo derrama tu luz.

Bendígote, ¡o noche! que aduermes mi mente,
que amores me ofrece tu negro capuz.

¡Soñar, dormir!....
que el mundo es tan solo sueño
y el despertar es morir.

JOSÉ SANCHEZ ALBARRAN.



EPISODIOS DE UN VIAJE DESDE ALICANTE A JIBRALTAH.

(Continuacion.)

Pasé la segunda noche de mi viaje entretenido con mil diversos pensamientos, tristes los mas, como suelen ser los que se presentan á la imaginacion del viajero, que cambia continuamente de poblacion sin dar tiempo á que se consolide la amistad de los que principiá á tratar, y de quienes se separa con una frase que dicta al labio la urbanidad; pero que se olvida pronto, dejando tan solo un recuerdo leve, que se borra tambien, y con la misma facilidad que desaparece y borra el espumoso surco que deja tras sí la quilla de la nave que le transporta. De ahí esa indiferencia y frialdad de alma que se suele notar en todos aquellos que, por placer ó necesidad, viajan de continuo. Y no es posible ciertamente experimentar afecciones mas profundas; porque ese pasar rápido sobre mil objetos distintos, que presentan multitud de fases contradictorias entre sí, no permiten al viajero juzgar con exactitud el valor de una sola palabra, de un gesto, ó tal vez lo mucho que quiere decir un silencio no interrumpido y profundo. Estas mismas causas influyen tambien en los que le tratan: es posible que agraden sus maneras y que con el tiempo se le pudiera contar en el número de los amigos íntimos; mas como marcha pronto, como mañana estará á cien leguas de distancia, como es posible que no se le vuelva á ver, ¿á qué inscribirle en el libro de los amigos de corazon? El viajero, pues, esta unido á la sociedad solo por la educacion, por esas apariencias de amistad debidas á la cortesania, á ese rico y brillante traje con el que se disfrazan y ocultan cuidadosamente esa multitud de pasionalijas bastardas, que combaten de continuo el corazon de los hombres. Por eso el viajero es indiferente á todo: su alegría es el reflejo de los objetos mas ó menos bellos que le impresionan, es superficial y poco duradera, porque emana de los sentidos, y los sentidos son el cristal en donde se aumentan y cambian de formas todos los objetos que ansia el alma, tal vez porque no los posee. Pero dejemos esta desconsoladora metafísica, y hablemos ya del interrumpido viaje.

Eran las siete de la mañana cuando subí al alcezar del buque, desde el cual se divisaba claramente la ciudad de Motril, de origen fenicio, y á la que llama Estrabon *Sexis, Axi, ó Hexi*, y que se honra con ser patria del ilustre cardenal Belluga y del entendido economista Francisco Martínez, habiendo recibido del primero muchas larguezas y mercedes. Su puerto es apacible, y en medio del semicírculo de altas y frágosas montañas que le

rodenn, se destaca la poblacion derramándose graciosa por la fértil vega que la ciñe.

Muñ barquillas pescadoras acudían á su playa, empujadas por el blando viento, mientras que nosotros nos separábamos de ella arrastrados por la poderosa fuerza del vapor. La ciudad, el puerto, el anfiteatro que la circundaba se fué presentando á nuestra vista, primero en esbozo, luego en seccion de círculo, despues en ángulo agudo, y, por último, se ocultó detrás de los desiguales peñascos que defienden la orilla del mar, verdes, pintorescos y embellecidos con las blanquísimas casas que el activo labrador cuida de asear, y que desde lejos asemejan á una bandada de cisnes esparcidos sin orden en un campo de esmeraldas.

El día amaneció apacible, el sol brillaba en una atmósfera limpia y despejada, la mar robaba al cielo sus colores y permitía, por la claridad de sus aguas, penetrar los abismos que encubre en sus estratos: en fin, todo sonreía, todo inspiraba ideas agradables y alegres. Por eso ningun pasajero estaba en su camarote; á todos se les veía sobre cubierta, fumando, conversando, ó mirando con el anteojo los diferentes paisajes que, como en panorama, se presentaban á nuestra vista.

Uno entre todos los concurrentes llamaba la atencion general por su singularidad y extravagancia. Era este señor pequeño de cuerpo, de cara redonda y guardada de una patillita negra y geométricamente combinada; llevaba espejuelos con filete de oro; pantalon abigarrado, de hechura de botín; zapatos con punteras de charol y con una carrerita de botones de azabache, que desde la punta subían á esconderse en el botín; frac de color verde *illusion* con botones blancos cincelados; una gruesa cadena de oro al reñó, y sombrero de paja de ala grande.—Este era el hombre objeto de generales observaciones. Era un español establecido en el comercio de Marsella.

Su ocupacion en el buque se reducía á llamar continuamente á los camareros para preguntarles cuando se comía y que clase de entradas habia dispuesto el cocinero; que se habian hecho sus botellas de cerveza alemana y sus cajas de dulce de guayaba; que era de su Emilio, preciosa criatura de 9 años, que nos entretenía á todos con sus gracias, dichas en lengua francesa con ribetes de española; donde estaba su rica pipa de espuma de mar, su buquilla de ámbar para el cigarro, su *armónica*, su gaita del *voyageur*; en fin, era un mareo, un hombre índice de todas las puerilidades y bagatelas humanas.

A la sazón estaba jugando con su niño y embutiéndole de diabolines de menta —*supercra prevision*— A poco se cansó y llamó con voz argentina y atiplada á su *domestique*, para que llevase á cubierta su equipaje. Rodando, pues, de su rica maleta de piel de rusia, de sus sacos de noche impermeables, etc. etc, principió á sacar corbatas, chalecos, pantalones, levitas y fraques, todo lo cual desplegaba con la mayor prolijidad y esmero, procurando llamar la atencion de todos, con lo cual quedaba, al parecer, satisfecho y alegre.

Hecha, pues, esta pública revista de su ropa, cambió la que llevaba por una elegantísima bata de dibujos chinoscos, la que ajustaba y ceñía á la cintura con un grueso cordon de seda carmesí con borlas á los extremos, mezcladas con hilo de oro. Cubrióse la cabeza con un vistoso birrete de tercio-pelo negro con labores arabescas bordadas á realce con lentejuelas y gusanillo, que enlazaban prolijamente menudos dibujos de seda floja, ejecutados por manos diestras, que sabian agradar al ojo, á la vez que al descontentadizo conoecedor. Engalanado de esta manera paseó satisfecho, se contempló alegre, interpretó las sonrisas y chufetas de los pasajeros, que le miraban como mas alhagara á su vanidad, con lo cual consiguió complacerse á sí mismo y no quedar mal con nadie. Era, pues, aquel hombre uno de los mas felices de cuantos íbamos á bordo: su imaginacion es casi seguro que no se ocupaba de otra cosa mas que de él

efecto sorprendente que iba á causar en Málaga su equipaje y su boato. La corbata de *Palais-Royal*, la pechera de la *rue Saint-Denis* eran su única ilusión. Aquel hombre no tenía necesidad de ser filósofo; ¿y para qué? Los desgraciados, ó aquellos que tienen por costumbre analizar cuanto les rodea, esos sí que deben ser filósofos; porque la filosofía templó la amargura y el dolor del corazón, aunque es indudable que también lo marchita; mas los que tienen el alma á manera de espejo, en la que reflejan todos los objetos solo por la parte exterior, ¿para qué necesitan la filosofía? Si se enseñara á esta clase de jentes á raciocinar, se volverían locas, y de seguro perderían alguna de las buenas cualidades que hoy abrigan en su lozano y alegre corazón. Entre otras cosas muy importantes perderían el arrebol de sus mejillas, algun tanto de carnes, y desde luego ese humor festivo que tanto anima, entona y rejuvenece el alma. Y sobre todo ¿qué adelantarían con saber lo que hoy ignoran? Nada: aumentar el deseo de indagar lo que el limitado talento del hombre jamás podrá comprender. Estoy, lectores míos, por lo que dijo Rousseau: *el hombre que piensa es un animal depravado*. Conque á vivir alegres y no leer mas que el calendario, obra amena é instructiva, que enseña la entrada de las estaciones, el creciente y menguante de la luna, cuando es vijilia, y en que días tendrán lugar los eclipses de sol y luna; trae también el juicio del año en romance octosílabo, la epacta, los días en que se saca ánima, los en que se celebran ferias en el reino y, en fin, todo lo que el hombre necesita para saber como, cuando y en que día vive. Es necesario, pues, hacer del calendario nuestro Koran.

Pero ¿quienes son aquellos que sobre la mura de proa forman tan gracioso grupo?—Son dos jóvenes amantes, que acaban de ingresar en la gran comunidad de los casados.—Bien se conoce: mirad como revelan sus semblantes la inefable alegría que abrigan en sus amorosos corazones.—Todo les es ahora grato: los monosílabos que permite el amor escapar á los labios son dulces protestas de inextinguible cariño; cada mirada lánguida que lanzan mutuamente sus ojos es el preludio de esa felicidad suprema que regala el amor á los que verdaderamente se quieren.

Oh! si alguno os dijera que tal vez por una camisa mal planchada ó por un capricho no satisfecho es posible que se enfie y aun desaparezca para siempre esa dicha celestial que embarga todo vuestro ser, ¿no es verdad que no le creeríais? Pues, sin embargo, es muy posible que suceda; porque el amor es muchas veces una enfermedad del alma, y cuando esta se cura, ¡ay de los cálculos pasados, de la esperanza en el porvenir!

Mas ¿para qué pensar en esto?

Jueguen las auras festivas
con tu finísima ropa,
rizando á veces la falda,
á veces tendida toda;
á tus formas delicadas
la impelan voluptuosas,
Y.....

Lo que yo dejo por decir, que lo adivine y diga tu marido.

Málaga! Málaga! Ya estamos en la *suave*, en la *apacible* ciudad, célebre por sus frutos, por sus vinos, por su cielo, por sus recuerdos históricos y, sobre todo, por sus lindas mujeres de ojos negros, de esbulto talle, de amorosa condición, de viveza de ingenio, de blandas maneras, insinuantes, incisivas, bulliciosas, de leve pie y andar menudo.

Hórranta también nombres ilustres en armas, ciencias y letras. En esta ciudad nacieron los célebres Abdalla—Ben—Josef y Aben—el—Beitbar, moros insignes: el primero, gran orador, poeta y crítico profundo; y el segundo, eminente filósofo y sapientísimo médico, fué apellidado por su gran sa-

ber el Plinio de los árabes y aventajó en las ciencias naturales á Dioscórides, Galeno y Oríbasio. Es patria también del sabio don Luis José Velazquez de Velasco, autor de los *anales de la nación española*, que dejó sin concluir, obra de juiciosa crítica y de mucha profundidad; de don Marcelino Atarcon, autor de diferentes comentarios sobre distintas cuestiones de derecho; de los generales Blake, Copons y Miranda; y de otros muchos que omito mencionar, porque no quiero parecerme á ciertos eruditos que yo conozco, y el público también, y que se han hecho célebres por lo indijestos y pedantes.

Mirad al viejo Jibralfaro con su elevada torre, llamada del Vija, antes del Homenaje, y su doble cerca entazarse con la soberbia Alcazaba, con la fortaleza de las ciento diez torres, hoy derruidas y avergonzadas con la vecindad y compañía de esas mezquitas vividas que el gusto moderno labra irreverente sobre los respetables cimientos de una fortaleza que tantos recuerdos heroicos trae á la memoria, por lo muy disputada que fué á nuestros antepasados por los moros que la poseían.

Mirad, mirad allí la magnífica catedral como descuello en primer término y con todo el aspecto, vista desde la bahía, de un templo alemán. Y más allá descuello también orgullosas las chimeneas de la fábrica de fundición de hierro del opulento Heredia, como si quisieran decir al siglo: «Yo soy ahora tu templo, tus creencias; tus esperanzas residen en mí.»

La Sanidad! ¡la Sanidad!--Bueno, bueno; irémos á tierra pronto, gritan los pasajeros.

Ea, pues, me voy á mi camarote á disponerme para hacer yo lo mismo.

--Señorito?

--Qué me quieres?

--Que suba V. á cubierta.

--Ya! esos señores querrán vernos antes de darnos plática.--Calle! ¡si no es solo la Sanidad! es la Seguridad pública, que viene con su bastón de puño de marfil á revisar, examinar y recontarnos á todas. Bueno.

--Qué dice V., señorito español de Marsella?

--Que esto es recalcitrante; ¡no poder estar uno en tierra á la familia y amigos! Oh! oh! Francia! Francia!.... Y se huyen? ¿y levantar otra vez la escalera? Oh! oh! ¿y para qué hacer esto, capitán?

--Yo diré á V., caballero; es que se adoptan estas medidas á fin de que....

Y el capitán y su interlocutor se fueron paseando hácia proa, por cuya razón y el mucho ruido que causaban los pasajeros que se rebullían y gritaban, comentando y queriéndose explicar el porque de lo que ellos llamaban vejación, y todo lo que se ocurre siempre que se nos tuere un deseo, perdí aquella explicación que, muy á mi pesar, no puedo trasmitir á mis lectores; pero si les daré cuenta en el próximo número de los demás incidentes de mi viaje.

JOSÉ PEYRET Y BOSQUE.

JUAN GUENO, (a) TREMENDA.

Si meto mano á la tea
y diño un par de viajes,
y pongo la lila fea,
al gachonciyo que sea
que la sangre no s' ataje.

En toítica Andalucía
mi basa tengo sentá;
y es como la luz der día
que no é encontrao otavía
un moso pa pelcá.

Ende que las muelas sueno
y endereso la diej uña,
lo mesmito que un gran trueno
se sabe ya en Cataluña
que las retorcí Juan Güeno.

Naide otavia á llegao
con ganas é peleá
que no lo aiga espantao
sin siquien abelo tocao....
ná mas con una ojeá.

Lo mesmo arrojó yo á un hombre
que si juea una trist' orniga.
No ay cuidiao, naide s' asombre:
con solo escuchá mi nombre
no ay presona que me siga.

Qu' en cuanto me diquelaba
jechando juego á tó trapo,
como hay Díos que me temblaba,
y luego se las guiyaba
lo mesmo que guzarapo.

Si me pongo enfureció
y tengo ya el casco roto,
entonse estoy pa el avío:
mas daño jago ¡Díos mio!
que si juea un tirrimoto.

¡Es mucha mi calía!
¡es ya mucho mi poé!
¡Quién con mangue á é peleá?
Nenguno! jeso es soñá....
pasencial ¡como ha sé!!

JOSÉ SANCHEZ ALBARRAN.

EPÍGRAMAS.

¿Porqué, señor Amadeo,
vestis hoy como un marqués?
—Porque aunque cesé en mi empleo,
de hacer trampas no cesé.

SIMEONCITO BARCIANAGA.

«Tan solo Donoso espera
para casarse conmigo
á que su madre se muera,»
le dijo Inés á Rodrigo.
—«Me place, pues, segun creo,
serás feliz con Donoso;
y es, amiga, mi desco
saan tus hijos cual tu esposo.

C.

«Son carreras espinosas
las que sigo,» dijo ufano
Blas Ortiz, entre otras cosas.
Vende *chumbos* en verano
y en la primavera *rosas*.

EL POBRE DIAULO.